

E. GUTIERREZ - GAMERO

SITILLA



1897

Avrial

NOVELA



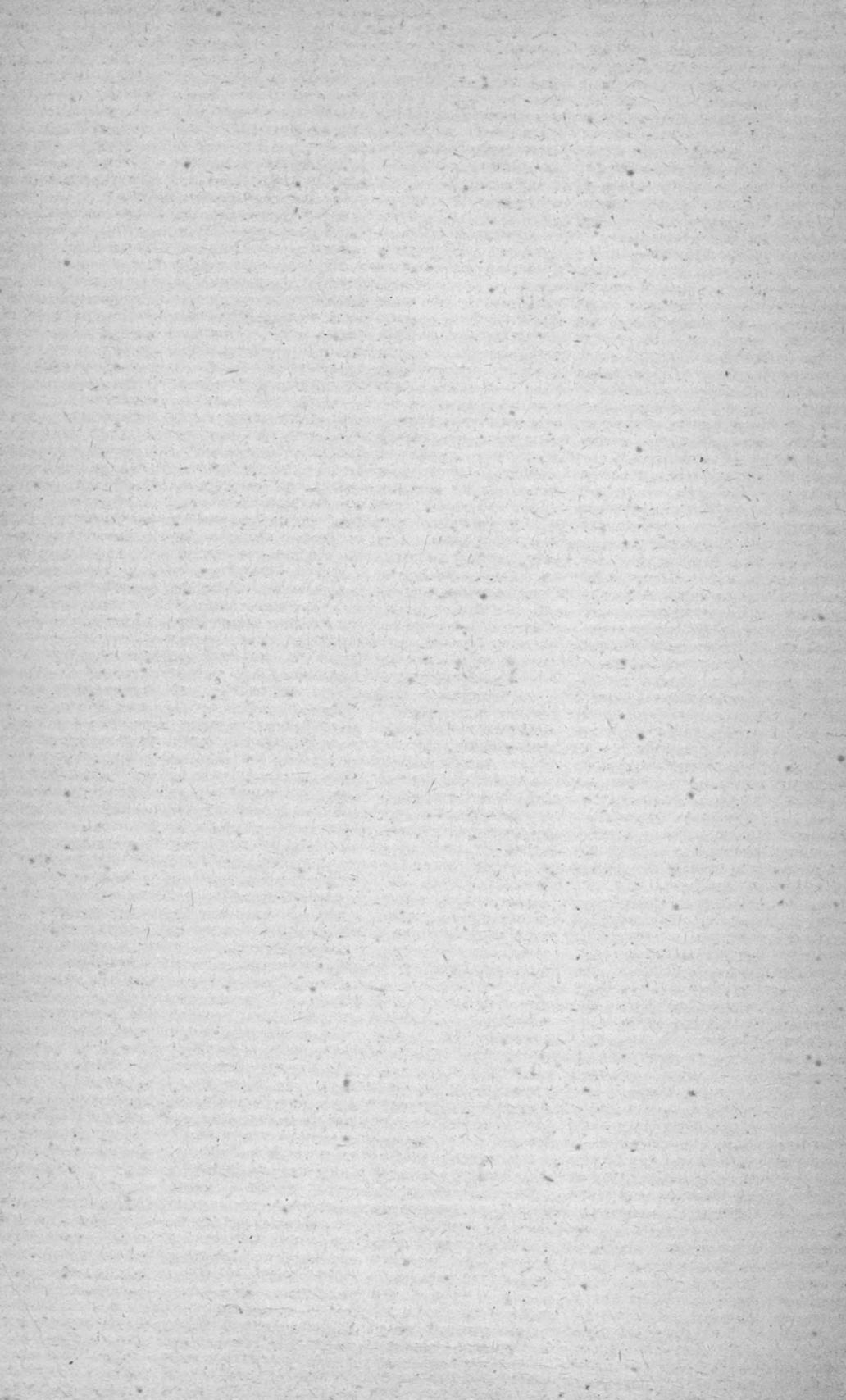
MADRID • A. AVRIL • IMPRESOR

Esta obra se vende á tres pesetas cincuenta céntimos en las principales librerías de Madrid y provincias.

Los pedidos por mayor, con las rebajas acostumbradas, se dirigirán á D. J. del Castillo, Leones, 2, 2.º dra.

EN PREPARACIÓN:

EL ILUSTRE MANGUINDOY



Sevilla (Renacimiento)

A-136849

2
41689

SITILLA

MICHA
PESIN



SITILLA



E. GUTIÉRREZ-GAMERO

NOVELA

2580.—EST. TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL
San Bernardo, núm. 92.

1897

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

E. GUTIÉRREZ-GAMERO

SITILLA

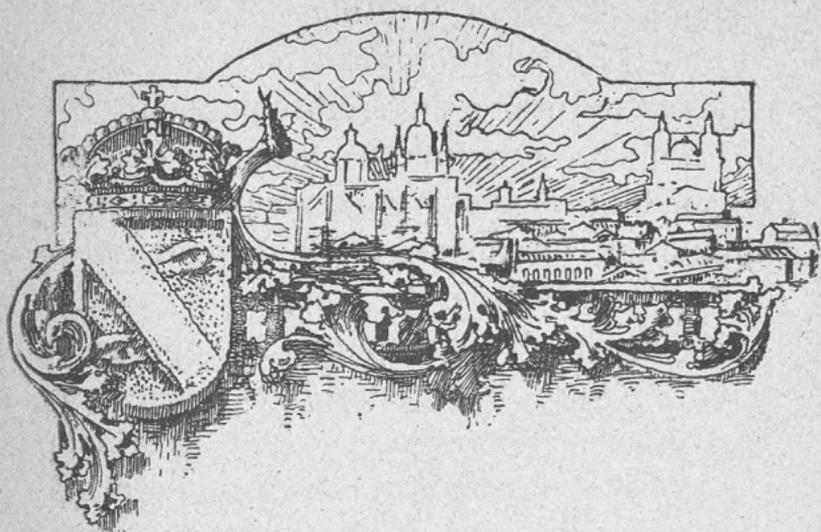
NOVELA

MADRID

2380.—EST. TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, núm. 92.

1897

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.



1

FALTABA una hora cumplida para llegar á la capital de la provincia, y ya la tenue claridad del alba iba coloreando los áridos campos, por los que se deslizaba el tren con marcha perezosa. En un coche de primera clase, arrellenado cómodamente en el rincón de la derecha, cubiertas las piernas por elegante *plaid* y completamente despierto, pues la preocupación que le embargaba apenas le permitió pegar los ojos, veíase al nuevo Gobernador, cuyo nombramiento había sido alabado por todos los pe-

riódicos, como el acto más justo del Gabinete y como el premio más merecido que se pudiese otorgar á un hombre público.

La noche antes fueron á despedirle á la estación los periodistas compañeros suyos, los diputados con quienes había compartido las tareas legislativas, los amigos que con su carácter abierto y simpático se supo granjear y cuantos creían que aquel joven, protegido por un famoso personaje y favorecido por la naturaleza, habría de llegar en breve plazo á las más altas cimas del poder.

Las frases ingeniosas que se cruzaron, los consejos que le dieron, las recomendaciones con que le atiborraron, todas ellas para que se condujese bien y derechamente en aquella su ínsula, serían cuento de nunca acabar si aquí se estampasen. Las cordiales enhorabuenas fueron contestadas con palabras de sincero agradecimiento, las cuchufletas con cuchufletas, la ocurrencia chistosa con otra no menos aguda y oportuna, y no faltó *reporter*, de esos que hacen acopio del ingenio de los demás, que apuntase en su libro de memorias los destellos de gracia que *derrocharon* los asistentes á aquella reunión de literatos, políticos y bohemios. A la amable sonrisa con que el individuo objeto de tantas atenciones acogió las pruebas de amistosa deferencia que de sus ami-

gos acababa de recibir, sucedió repentina gravedad, en cuanto se quedó solo en el reservado que la empresa del ferrocarril había puesto á su disposición.

Y el caso no era para menos. ¿Cómo le iría en la campaña que comenzaba entonces? ¿Cómo se compondría para gobernar á las gentes, él, que se juzgaba incapaz de gobernarse á sí mismo? ¿Qué haría en una provincia, cuya fama de independiente y levantisca es proverbial, para salir airoso y sin dejarse entre las zarzas del camino su reputación de hombre listo? De la tal provincia sabía, por el mapa, el sitio que ocupaba; las costumbres de sus habitantes, por lo que previamente leyó en historias y diccionarios; las intrigas que el caciquismo mueve, por las noticias de los periódicos, y el nombre de su capital, porque es famoso entre los más famosos de España. Pero en cuanto á los medios de que había de valerse para dar gusto á unos pocos, no desagradar á los demás y contentar á todos... ni jota.

Como elementos de juicio y reglas de conducta á que se ajustase, únicamente poseía, aparte de su natural criterio, la conferencia de diez minutos con que le honró el Ministro de la Gobernación el día en que fué á tomar sus sapientísimas órdenes, y las conversaciones habidas con los senadores y diputa-

dos de la región, durante el espléndido banquete con que le obsequiaron. Perfectamente recordaba la entrevista con Su Excelencia y los encargos de aquéllos. El Ministro, llegado á tan empingorotado puesto por obra de pecaminosas complacencias, según malas lenguas, le dijo que el mejor gobernador era aquel que gobernaba lo menos posible; y con esto y con recomendarle que hiciese cuanto se le antojara al jefe del partido ministerial en la provincia, creyó el poderoso personaje cumplida su misión de supremo director de la administración y de la política. En cambio los del banquete tanta cosa le pidieron y tal le marearon, que de él salió dispuesto á todo menos á parar mientes en las pretensiones de los senadores y diputados, que así se repartían el mangoneo oficial como se reparten peras.

No había sino fiarlo todo á la buena suerte, sonriente amiga suya que hasta entonces le hubo de acompañar solícita y cariñosa; al buen acierto, que nunca le faltó cuando le fué preciso sortear alguna dificultad. ¡Qué diablo! Otros más negados que él, que no lo era ni mucho menos, ocuparon puestos análogos, y de ellos salieron tan campantes y orondos como si sus respectivas madres les hubieran echado al mundo con fajín verde y bastón de mando. Y si no, ahí estaba

Periáñez, con más tachas que el caballo de Gonela y sin otras letras que las del alfabeto, que, no sólo gobernó una de las mejores provincias de España á satisfacción de todo el mundo—¡como que le hicieron hijo predilecto de ella, y hasta pusieron su esclarecido nombre á la calle más ancha y lujosa de la capital!—sino que también sacó provecho para conllevar dulcemente el forzoso alejamiento de la nómina.

¿Nadie más que Periáñez? ¿Pues y Ballestazo, y Cintruéñiguez, y Torrepúlcrez, y Bajandínez y tantos otros estólidos hijos de Eva, salidos de cualquier parte, con la más absoluta inopia en la mollera, y llegados á muy altos sitios por razón de voluntad suprema ó de merecimientos sospechosos? ¿Acaso era él de peor condición? ¿No se consideraba, y realmente con justicia, muy por cima de todos ellos? ¿No desempeñaron á las mil maravillas su papel de gobernantes? ¿No llegaron algunos á estar en potencia propinqua de ser consejeros de la Corona? Pues adelante, y ¡quién dijo miedo!

Con semejantes reflexiones y otras que no son del caso, ocupó su tiempo el huésped del reservado á que antes se ha hecho referencia, y así, entre sueño y vigilia, llegó á la estación de Pedriscos, donde le esperaba un

su amigo, D. Senén del Márchamo, á quien había escrito para que le recibiese y le enterase, antes de entrar en la capital, de algunos particulares que le convenía saber.

—¡Cuánto deseaba verle, Sr. D. Senén, —dijo el viajero á su amigo, después de los abrazos de rúbrica, y ya instalado éste junto á aquél.

—Pues aquí me tiene usted con gran gusto y pronto á satisfacer su curiosidad—contestó D. Senén con aire jovial y cara de pascua.

—Hábleme usted de la ciudad adonde dentro de poco llegaremos. Dígame cuanto sepa acerca de ella, de forma que yo pueda orientarme y no caiga allí como llovido del cielo.

—Muy bien. Tenemos aún tiempo sobrado, y yo no soy machacón. Abra usted los oídos, y escuche.

Y dicho esto con tono enfático y voz campanuda, habló de la siguiente manera:

—Úmbrosa, llamada así por causa de los copudos árboles que á la orilla del río y formando espeso bosque levantan sus altas ramas y dan fresca sombra á las pocas casas que quedan de la primitiva ciudad, la cual fué luego extendiéndose y subiendo por las colinas inmediatas, conforme creció su poderío, tiene, como usted sabe, gloriosísima tradición en las armas y en las letras. Piér-

dese su historia en la noche de los tiempos y cuenta entre sus pasados timbres, brillantes y tenaces peleas libradas por sus habitantes, los umbrosinos, para defender sus murallas, de las que aún se ven derruidos restos; luchas sin número para sostener su preponderancia en la comarca; actos de piedad y de fe cristiana de que son buena muestra sus artísticas iglesias y sus célebres fundaciones, y nombradía en el humano progreso, de que dan testimonio todas las bibliotecas del Universo. Pero como nada es constante y permanente en el tiempo, y el que ayer fué grande mírase hoy pequeño—que tal suele suceder en esta mudable vida—timbres, glorias y empresas pasaron para Umbrosa, sin que hoy le quede más que el recuerdo, la fama de antigua magnificencia y girones de grandeza pasada en los que dignamente se envuelve, como el linajudo personaje que oculta su miseria con el ropaje de un apellidado ilustre.

No confiesan los umbrosinos, ni á tres tirones, su decadencia actual, ni el poco esfuerzo de su voluntad para renovar los marchitos laureles, pues fué tanta su gloria y tan saturados están de ella, que más les place mecerse en las remembranzas del pasado, que agitar el perezoso espíritu y poner en movimiento energías que, en aquellas leja-

nas épocas, fueron poderosísimas. Por esta razón me explico el quietismo que se nota en Umbrosa, el respeto que aún se conserva á los nombres que ilustraron su historia y cuyos descendientes ejercen en ella decisiva influencia, y cierta separación de razas que no han podido desvanecer las modernas ideas de los que vienen á aprender la ciencia en sus soberbios monumentos. Entre este público bullicioso y movedizo encontrará usted, amigo mío, controversia académica y vida de relación intelectual, de que se hace eco *La Mosca Blanca*, periódico dirigido por un tal Urbáñez, el ser más pedantón y empalagoso que Dios pudo echar á este mundo; pero en el fondo de la sociedad umbrosina bien pronto verá usted el quietismo y la separación de que le vengo hablando y de la que el más miope se percata, como observe con cuidado lo que sucede en las tertulias, en los paseos y en los grupos que se forman en el casino cuando abre sus salones por causa de público regocijo, ó en el lujoso del Ayuntamiento si da alguna fiesta á que grandes y pequeños acudan. Los hombres, que tienen menos escrúpulos, frecuentan todas las reuniones, bailan con todas las mujeres y las galantean, sin fijarse en que desciendan del rey Wamba ó sean hijas de al-

gún honrado vendedor de comestibles; pero los mismos que así hacen gala de gustos democráticos, luego, en la calle y unidos á sus respectivas familias, recuerdan el abismo social que separa á unos de otros, como si al ir acompañados de su madre ó de su mujer llevasen el nudo que les ata y une al pasado, y no vuelven á la confusión de castas hasta que, desligados del vínculo familiar, busca cada cual el rincón que más le apetece, y todos en las garridas mozas de Umbrosa—que tienen, con justicia, fama de frescas, sonrosadas y nada zahareñas—amores fáciles y pasatiempo más ó menos honesto.

—De modo—interrumpió el viajero—que me voy á aburrir lindamente en Umbrosa, pues no creo que me aconseje buscar entretenimiento entre esas garridas mozas de que me habla.

—Ya procuraremos—repuso D. Senén—que no se aburra usted. En primer lugar, el Gobernador puede ir á todas partes sin miedo á que le censuren, y después, si no quiere encerrarse y morirse de tedio en Gobernación, que así llaman los umbrosinos al vetusto palacio que ha de ser su residencia oficial, yo le conduciré á usted donde pase el rato muy agradablemente.

—¿Dónde?

—Ya verá usted. Yo entiendo que, sin ser

pródigo de su persona, debe usted tratar á todo el mundo.

—Trataré á las personas que usted me indique y aconseje, puesto que desde ahora le nombro mi mentor.

—Y yo acepto el nombramiento con mucho gusto. Mi opinión, en este particular, es que hay que repartir los favores oficiales entre las dos clases en que se halla dividida la muy noble y siempre leal ciudad de Umbrosa; dar cierta preferencia á los linajudos, sin que por esto se ofendan los humildes; colmar la medida de los deseos de los caciques, procurando al mismo tiempo que no se incomoden sus adversarios; atender las indicaciones de la prensa local, sin que le crean á usted esclavo de ella; hacer la vista gorda en punto á pósitos, obras pías, fundaciones benéficas y demás jaleos, que tienen cola antigua y prestan dulce regalo á no pocas gentes, haciendo lo posible para que nadie le achaque flojedad complaciente ó aquiescencia vergonzosa; hay que...

—Pare usted la jaca, D. Senén, que por el paso que lleva sabe Dios dónde irá á parar. Si para cumplir bien mi *cometido* hacen falta todas esas cosas, voy á dar orden de que pare el tren, y á Madrid me vuelvo á todo escape. ¡Lo que usted pretende de mí, es imposible!

—No lo crea usted, querido amigo. Yo pongo ante su vista el ideal, lo que juzgo conveniente para llegar á la perfección; pero no se asuste, que ni llevar á feliz término todo lo que acabo de decirle es obra de romanos, ni usted de los que se ahogan en poca agua. Además, tenga en cuenta que hace cuatro años que vivo en Umbrosa, que conozco el pie de que cojea cada cual, y que le he de aconsejar á usted lo necesario para que no dé un resbalón. Esta provincia es difícil de gobernar; pero con mucho trasteo, con el buen sentido de usted, palabras dulces y fino trato, todo lo cual usted posee en grado máximo, se sale del paso.

—De manera que usted cree...

—Yo creo que no se le hará largo el destierro de la Corte. Por lo pronto, frecuentará usted el trato de Conchita Cipérez, cuyo padre, D. Martín Cipérez de Baldo, marqués de Cipérez, es en la provincia el jefe del partido á que usted pertenece. Además, visitaremos la casa de las de Santiuste, donde se pasa muy gratamente el tiempo; y en lo tocante á conducirse y manejar á estos marrulleros caciques de papel de barba, como también á las luchas locales que agitan á Umbrosa y tienen de punta á güelfos y á gibelinos, no le vendrán mal, sino como anillo al dedo, unas cuantas explicaciones que ahora le

daré—dijo D. Senén del Márchamo, y se preparó á continuar la narración.

—Mucho he oído hablar en Madrid del marqués de Cipérez y de su hija. ¿Qué casta de mujer es esta?—preguntó el viajero.

—Una de las hermosuras más perfectas que Dios ha puesto en este bajo mundo.

—¿De qué *la dá*?

—De guapa, y lo es; de elegante, y lo es también, y de influyente y arregladora de todas las cosas que por aquí ocurren, que por fuerza lo tiene que ser, porque á su gran belleza une un talento nada común; y con estas condiciones ya puede usted imaginar qué difícil es sustraerse á su voluntad.

—Pero no imposible—dijo el viajero.

—Claro que no es imposible, pero sí muy peligroso, porque Conchita Cipérez dispone de grandes medios en la Corte y está acostumbrada á recibir los homenajes de las autoridades que aquí llegan; y como no creo que le convenga á usted romper una tradición tan cómoda...

—Ya meditemos acerca de esto muy despacio—interrumpió nuevamente el viajero.

—¿Acaso tiene usted alguna prevención contra los de Cipérez?—interrogó D. Senén.

—Me han dicho en Madrid que el Marqués se opuso vivamente á mi nombramiento.

— También supe algo de la actitud del Marqués; pero no fué oposición á usted, sino deseo de que viniese de gobernador un individuo á quien Cipérez protege...

— Y esas señoras de Santiuste, ¿quiénes son?

— Gente simpática de la burguesía umbrosina.

— ¿Guapas?

— Una de ellas, la pequeña, monísima.

— ¿Con influencia en el pueblo?

— Ninguna. Elemento puramente recreativo.

— ¿Y personas de fuste á quienes sea conveniente atraer?

— Después del marqués de Cipérez y de su hija, el de Pedriscos, que es el propietario más rico de la provincia; el vizconde de Trepístoles, el conde de Santipol, Urbáñez el director de *La Mosca Blanca*, D. Epifanio del Sequiñoso, ordinariote, usurero y padre del *premio gordo*...

— ¡Hombre, del premio gordo!—exclamó el viajero.

— Sí, porque su hija recibirá tres millones de pesetas el día que se case. El barón de Arcimelloso y los consejeros del *Banco pío de la Ayuda y Socorro*—dijo D. Senén, terminando su retahila.

— ¡Famosa Sociedad debe ser esa!

—A la que aludía al hablarle de güelfos y gibelinos —continuó aquel.

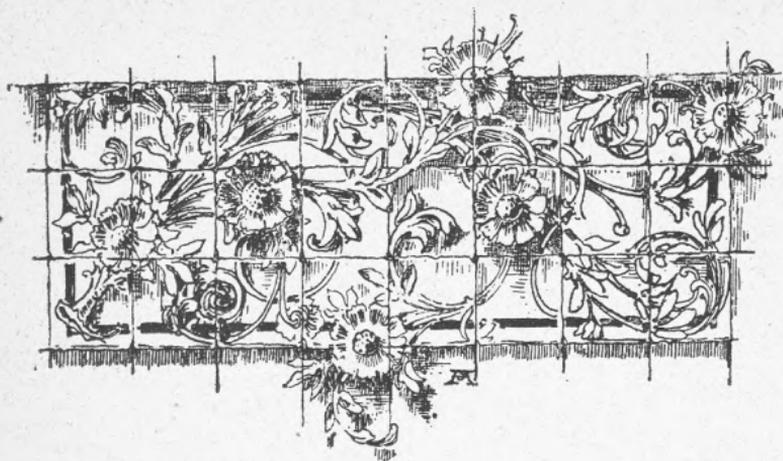
—A ver, á ver: cuénteme algo del *Banco pío de la Ayuda y Socorro*.

—A ello voy, y con mi historia, por extremo curiosa, se relacionarán los detalles que es conveniente conozca usted para entrar en Umbrosa perfectamente enterado de todo. Hará unos cinco años... sí, eso es, cinco años, el Conde de...

Y no bien hubo pronunciado estas últimas frases D. Senén del Márchamo, paró el tren y se oyó una voz que decía:

—¡Umbrosa! ¡Veinticinco minutos de parada y fonda!

Con lo cual quedó interrumpido el relato que aquel buen señor se disponía á hacer, porque desde el andén abrieron la puerta del coche, bajó el viajero atraído por los que le esperaban y se entregó resignado á los abrazos y apretones de manos de sus correligionarios.



II

PERO ¿vendrá esta noche?

—¡Pues no ha de venir! Así me lo ha prometido D. Senén, y ya sabes que es un hombre muy serio y formal.

—Todo lo formal que tú quieras; pero ayer dijeron en casa de Arcimeloso que á Rijosa le da por la aristocracia, y que no pensaba frecuentar otra amistad que la de Conchita Cipérez.

—¡Vamos, mujer, no seas posma! ¿No te he dicho que vendrá esta noche? El mismo Rijosa le indicó hace tres días á D. Senén su deseo de sernos presentado. ¡Si lo sabré yo!

—¡Ay qué gusto!

—Eso es. ¡Lo menos te imaginas que viene á pedir tu blanca mano! Y Sitilla y yo, ¿no somos nadie?

—Sitilla y tú sois dos cursis de cuerpo entero.

—¡Miren la señorita elegante y distinguida!

—Tan señorita como tú, por lo menos; y en cuanto á elegante, puedes hablar. ¡Si pareces una percha con faldas!

—¡A mí no me insultes, porque te...

—¡Vamos, niñas! ¡Queréis callar! ¿Tendré que coger un palo y meteros en cintura? ¡Pues bonito humor tengo yo para que me deis la jaqueca con vuestras disputas! Rijosa vendrá esta misma noche, porque desde Madrid sabía, como sabe todo el mundo, que en nuestra casa se reúne lo mejorcito de la capital. ¡Con que, á callarse! Tú, Carpita, ponle unas mangas á la blusa azul, que con la lluvia del otro día se han desteñido. Tú, Pancha, repasa ese condenado nocturno, para que no diga luego Urbáñez que lo destrozas, y mientras tanto Sitilla se ocupará del *buffet*, pues quiero que ese madrileño vea cómo sabemos hacer los honores de nuestro salón, y de qué manera se recibe á las gentes en Umbrosa.

Y después de este discurso de doña Belén, madre de las tres niñas, la calma se res-

tableció entre aquellas interesantes criaturas, que dieron comienzo á sus quehaceres y punto á sus lenguas.

Bien valían la pena las preocupaciones de la familia de Santiuste, pues tratábase de recibir dignamente en su célebre tertulia á D. Luis Gómez de la Rijosa, nombrado recientemente Gobernador civil de la provincia, á cuya capital llegaba de la Corte, precedido de tal fama de elegante, pulcro y almidarado, que ponía espanto en todas las hembras umbrosinas, temerosas de que las encontrase zafias y poco dignas de fijar en ellas su refinada atención.

D. Senén del Márchamo, magistrado de la Audiencia de Umbrosa, hombre serio, si los hay, muy engreído con el papel que desempeñaba en la tierra, y cuyo carácter y personales prendas ya irán saliendo en el curso de esta exactísima historia, se propuso realizar cuanto antes los ofrecimientos hechos á Rijosa, en punto á distracciones que le alejasen del aburrimiento á que se habría de someter, en caso de que permaneciese, sobre todo por las noches, en el destartalado y frío caserón donde el Gobierno daba gratuito hospedaje á su delegado, para lo cual se brindó á ser su introductor en la buena sociedad umbrosina, donde tenía la natural influencia á que le daba derecho su elevada

posición. Y ¡claro es! ¿qué mejor sitio de esparcimiento para echar una cana al aire, y aún dos, si fuese preciso, que el honesto hogar de doña Belén?

Por dicho ilustre hombre de ley se supo algo de la historia pública y privada de D. Luis Gómez de la Rijosa, pues para honor de éste y conocimiento de las gentes, D. Senén del Márchamo fué contando en el Casino, en la tertulia de la botica, en la Sala de magistrados y en cuantos sitios frecuentaba, siempre con reserva y confidencialmente, por supuesto, la vida y milagros del conspicuo político destinado á hacer la felicidad de los umbrosinos y á dar á su patria días de gloria.

Era Rijosa, ó Rijosita, como le llamaban en Madrid, natural de un pueblo de la provincia de Jaén. Pusiéronle sus padres á cursar la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, una vez terminados sus estudios en el Instituto; pero mostró desde mozo tal afición á bromas y zambras, en que hacía primer papel por su vivo ingenio, fácil palabra, rostro simpático y porte distinguido, que al poco tiempo de haberse licenciado, decidió su familia volverle al lugar de su nacimiento, viendo que en Sevilla no lograba conquistar pronto un destino por modesto y humilde que fuese.

No se resignaba el joven Rijosa á vejetar en el villorrio donde vió la luz primera, porque las facultades de que se creía dotado, y que en realidad le colocaban por encima de lo común y vulgar, pedíanle otro más ancho campo en que pudiesen desarrollarse; y atribuyendo la tardanza en obtener un puesto, no al insano afán de diversiones ni á su falta de aplicación, como pensaba el autor de sus días, sino á otras causas en que para nada entraba la voluntad, resistióse á dar la vuelta al pueblo, casi decidido á emanciparse de la tutela paterna, que le amenazaba con retirarle los víveres si en breve plazo no encontraba una solución que justificase los sacrificios de la familia. A punto estaba de rendirse, cuando quiso la suerte depararle un inesperado protector, el cual, en posición desahogada y con alguna influencia en la Corte, le proporcionó un destinillo de poco sueldo, aunque suficiente para remediar las más apremiantes necesidades de la vida. Ya en Madrid, dióse á frecuentar las casas de los hombres políticos, las redacciones de los periódicos, los ateneos y las academias, donde se hizo lado mediante su espíritu despierto y su natural facundia, consiguiendo adquirir en todos estos sitios el barniz cortesano de que carecía, algo de cultura científica á la moderna, que le faltaba, y muy buenas rela-

ciones en la prensa, que, desde el punto y hora que hubo conocido por dentro, diputó como riquísimo filón propio para ser explotado, aunque no fuera más que por el apoyo incondicional que presta á los que se llaman hijos suyos.

Demás está decir que al poco tiempo pasó de gacetillero á *reporter*, y de *reporter* á redactor importante de un importantísimo diario de esos que *hacen opinión* y *dirigen* y *encauzan* sus corrientes. Y la verdad es que el joven se daba maña para escribir artículos *sensacionales*, llenos de citas oportunas en lenguas vivas ó muertas, atrevidos, con atrevimiento rayano á veces en la insolencia, cuajados de frases incisivas y contundentes y envueltos en un ropaje culterano, de que cuidaba con gran esmero y que le dió nombre de castizo y correcto escritor. Aún se cita como modelo del género un primer fondo de Rijosita, titulado *Laboremus*, en el que, de la manera más graciosa del mundo, puso de oro y azul á un famoso diputado de oposición, que, según el articulista, comía en pro y votaba en contra, y cuya influencia fué desde entonces más que de capa caída. Aún se recuerda y se lee con gusto, por el aticismo de la frase y la malicia de la intención, aquel trabajo suyo que fué causa de que dimitiera un Ministro. Aún se busca con em-